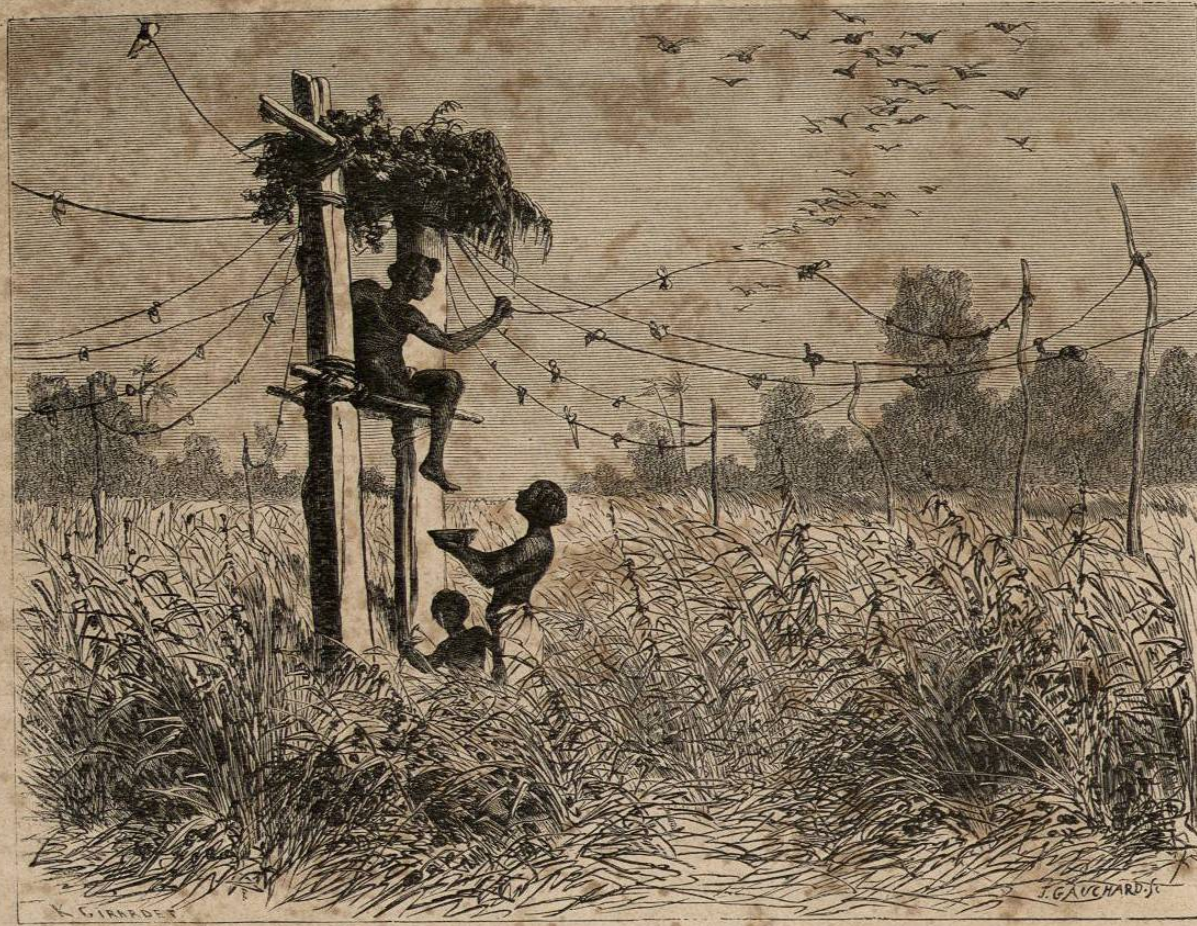


algún tiempo después, sus gritos volvieron á resonar en todas direcciones, y de nuevo enmudecieron, hasta verificar su reunión. Hecho esto, no ahullan sino en el caso de que uno de ellos se extravíe ó se encuentre aislado. Otros gritos, otros mugidos de procedencia para mí ignorada, resonaron en muchos puntos del bosque; la hiena confundió su grito breve y vigoroso con tan formidable concierto: todas estas fieras abandonaban sus cavernas.

Los gritos y los ahullidos eran cada vez más numerosos; la noche venía á más andar, y era preciso tomar un partido. Pero yo no era dueño de la elección, pues no me quedaba otro arbitrio que volver á bajar á lo largo del brazo del río, hasta el punto en que presenta un vado, y atravesar la isla para acercarme á la barca. Pensar en acostarse solo en la orilla, era una locura, pues todos los animales carnívoros iban á llegar alternativamente para beber y acechar su



Medio de proteger los sembrados.

presa. Me eché, pues, la escopeta á la espalda, deplorando vivamente su momentánea impotencia, aunque no fuese sino para hacer ruido en caso necesario, á fin de alejar el peligro, ó advertir á la gente de la barca de mi presencia en aquella soledad.

Aun no había andado cien pasos cuando los gritos de la hiena partieron del bosque, y á ellos se agregaron en breve los del chacal; yo continuaba avanzando lo más silenciosamente que me era posible, sondeando con la vista la oscuridad. Mas allá, un suspiro espantoso estremeció las bóvedas del bosque,

y me detuve de repente. ¿Qué sér podía exhalar aquel suspiro, capaz de helar de terror el corazón? Yo nada veía delante de mí. No obstante, al oírlo, todos los ahullidos, todos los rumores que aquí y allá escuchaba, callaron súbitamente, y la naturaleza pareció muda... Y sin embargo, era forzoso avanzar; me iba acercando al río como á mi refugio, y caminaba con precaución. De improviso volvió á oírse el mismo suspiro, igualmente sonoro, pero esta vez fue inmediatamente seguido de un terrible rugido, que conmoviendo las profundidades del bosque, re-

sonó delante de mí, y me pareció venir del lugar por donde debía atravesar el brazo del río, si no venía de más cerca.

No era ya posible la duda: tenía á mi paso el león, el terrible rey de los bosques; otros rugidos siguieron á éstos, y como siempre, todo volvió á quedar sumido en un aterrador silencio.

No había trancurrido mucho tiempo cuando los gritos y los ahullidos de los demás animales resonaron

cerca de mí. Erame forzoso á todo trance alcanzar la barca; y me alenté un poco al pensar que en caso necesario podía arrojarme al río para buscar en él un refugio; esta era, en caso de verme atacado, la única eventualidad de salvación que me quedaba; eventualidad harto precaria, sin embargo, porque todos los animales salvajes nadan mejor que el hombre; pero podía ganar terreno sobre mis agresores y combatirlos entonces en condiciones más ventajosas, si bien es



En compañía de los monos.

verdad que podía ser alcanzado por un salto repentino. Preveía muy tristes contingencias.

Llegué á un sitio en que la orilla estaba interceptada: una barrera de matorrales y árboles cuyas ramas caían sobre el agua, cubrían los ásperos ribazos y se enlazaban con el bosque; lo cual me hacía indispensable abandonar la orilla del río, mi único asilo. Vacilé; mas, el grito de la hiena, que estaba ya cerca de mí, disipó todas mis dudas, y me oculté en la maleza. La oscuridad era completa; y hacía el lado del río veía únicamente una vaga claridad entre los troncos de los árboles. En mi derredor la naturaleza se

estremecía de un modo extraño, y ponía las manos por delante para no tropezar con los mil obstáculos que me rodeaban, deteniéndome de cuando en cuando para escuchar, y luego proseguía caminando á tientas.

De repente resonaron no lejos de mí unos vigorosos rugidos, reinó por donde quiera una gran agitación, y me estreché involuntariamente contra los troncos de los árboles. No obstante, este tumulto fue alejándose y desvaneciéndose; esto me indujo á creer que todo ello no era otra cosa que algunos pacíficos animales que habían huido espantados; pero mi espe-



ranza de que el leon se alejase se habia frustrado, pues hallábase todavía en un camino donde sus rugidos resonaban á ratos. A pesar de esto, avancé hasta llegar al Nilo.

En la Argelia habia oido la voz de ese poderoso animal; pero nunca me pareció tan terrible como esta vez. El hecho es que sin que pareciese costarle el menor esfuerzo de los pulmones, llenaba el espacio con su cavernoso estruendo, comunicaba una conmoción á todos los objetos de las inmediaciones, y tenia la misma intensidad á lo lejos que cerca.

Cuando cesaron los rugidos, volví á prestar oído, creyendo que los leones dejarían al fin espedito el paso; quitéme luego el calzado, para caminar mas silenciosamente, y llegué así á la vista de la estrechidad del agua que interceptaba la travesía del brazo del rio. Ante la idea de que aquella no seria tal vez bastante profunda para protegerme, y que podria hallarme á merced de mis enemigos, me detuve un instante. No obstante, me decidí á atravesar el brazo del rio, en el que entré con precaucion para no agitar el agua, y llegué á la orilla opuesta.

Escuché algunos instantes, y no oyendo rumor alguno, recobré la tranquilidad, aunque nunca me habia visto tan inmediato á un grave peligro. A favor de la última claridad crepuscular descubrí, destacándose débilmente sobre el cielo, la estremidad de la larga verga de la barca, detenida delante de mí, hácia el lado opuesto de la isla. No me separaba ya de mi objeto sino un corto espacio; pero para salvarlo era preciso seguir los bordes de la parte cubierta de hojarasca que se prolongaba hácia mí. La sombra negra que formaba á mi izquierda, me inquietaba bastante, pero el silencio que en aquella direccion reinaba me tranquilizó, pues ya no oia sino á los numerosos animales de la orilla izquierda, que habian empezado á llenar el bosque con sus siniestras voces. Así, pues, echándome la escopeta al hombro, marché directamente hácia la barca.

Casi en el acto mismo, al ruido que mis pasos hicieron en la arena, un animal que solo, vagamente, pude columbrar, se levantó al verme y se metió apresuradamente en la espesura; en aquel momento, dos espantosos rugidos, mezclados de gruñidos y terribles suspiros, resonaron hácia aquella parte, siendo tales su sonoridad y su fuerza, que parecían producirse á mi oído. Clavado permanecí por el terror en el lugar en que me hallaba; mis ojos procuraban en vano profundizar en la oscuridad; pero los chasquidos de las ramas, el follaje agitado y estrepitosamente sacudido por el impulso de poderosos y desordenados movimientos, me hacían adivinar la terrible escena que cerca de mí ocurría. A todo esto se mezclaba no sé qué sordo y horrible ruido.

Mi primer movimiento fue retirarme tan callada-

mente como posible fuese, y retrocedí hácia la orilla que acababa de dejar.

Es indudable que el animal desconocido, puesto en fuga por mi presencia, habia caído en las garras de los leones, al penetrar en las malezas donde, segun todas las apariencias, estaban emboscados. La suerte de aquel desdichado animal, que ni siquiera tuvo tiempo bastante para dar un grito, hubiera sido probablemente la mia, á no haber ocurrido este incidente.

Habiendo ganado la orilla, me dí prisa á subirla furtivamente, y sin abandonarla, doblé la estrechidad arenosa de la isla. Seguía oyendo las luchas y los rugidos de los leones; y como eran muchos, escuchaba de tiempo en tiempo para asegurarme de si alguno me perseguía. El camino me pareció muy largo, pero llegué al fin á la vista de la barca; la tabla que la ponía en comunicacion con la tierra habia sido retirada. Divisé por sus sombras, que se proyectaban sobre el cielo, á mis compañeros sentados sobre el puente, escuchando con una ansiedad tanto mas viva, cuanto que sabían que para llegar á bordo yo debia pasar precisamente por el sitio en que se habian oido los rugidos. El reis no se habia decidido á amarrar su barca en aquel lugar, sino despues de haberse cerciorado de que me seria posible penetrar en la isla para alcanzarla. Por lo demás, era evidente, por los gritos y el ruido que acababan de oirse, que los leones habian cogido una presa y la devoraban. Para la gente de á bordo, que conocia las costumbres de dichos animales, y su modo particular de rugir cuando se apoderan de una victima, esto no era dudoso; así es que todos prorumpieron en una exclamacion, pidiendo se saliese en mi busca. La espalda de un negro me sirvió de puente, y al punto me ví rodeado de una felicitacion unánime; la proteccion de Alá era visible: «¡Allah Kerim! ¡Inchallah!» gritaron los musulmanes; yo en voz baja, y profundamente conmovido, exclamé: «¡Amen!»

Hombre arrebatado por un cocodrilo.—Una dentellada de cocodrilo.—Caza de hipopótamos.—Armonía salvaje.—Vecindad de los elefantes.

Vamos ahora á trasladarnos al alto Sennar y al Fa-Zoglo, á la entrada del país de los negros, teatro de las escenas mas conmovedoras, y de los actos mas bárbaros del hombre contra el hombre. Pasemos, pues, el Sennar, con sus estrañas costumbres, con sus prácticas inspiradas, tanto por los celos del hombre, como por la venalidad y el envilecimiento de la mujer. Dejemos el Sennar, donde el blanco que en él se refugia lucha en vano contra la naturaleza, que empieza á trasformarlo en negro. Atravesemos este país, donde las dos razas de hombres mas pronunciadas que ha producido la tierra, se han disputado

el suelo, sin que el hombre de origen asiático sospechase la suerte que le esperaba en esas regiones primitivas; porque la accion del sol sobre el hombre no obra sino muy lentamente, y la del suelo, con mucha mayor lentitud.

Mientras éramos remolcados por los indígenas de Lony, uno de ellos cogió con los dientes la estremidad de la cuerda para atravesar á nado una hondonada, en tanto que sus compañeros daban una vuelta alrededor del obstáculo, para emprender de nuevo la tirada hácia arriba. De repente oí alzarse muchas voces á la vez: el médico, que estaba de pie sobre la barca gritaba: «¡Se lo lleva! ¡se lo lleva!» Un marinero decia: «¡El timsa! ¡el timsa!» (el cocodrilo). Otro exclamaba: «¡El baruth! ¡djibou el baruth!» (¡Una escopeta! ¡traed una escopeta!) Dejando á un lado mis apuntes, tomé la mia, y salí presurosamente de mi camarote. Mirando hácia el punto del rio donde se fijaban todos los ojos, no ví sino un círculo de ondulaciones como las que produce un cuerpo al sumergirse en el agua. Todos los que tiraban de la cuerda gritaban, gesticulaban y avanzaban con precaucion por el rio, estrechándose unos contra otros y no atreviéndose ninguno á separarse del grupo. El médico alargó la mano á mi escopeta, diciéndome: «Se necesita ruido; hagamos fuego.» Cedíle mi escopeta, y tomando la pistola que llevaba pendiente de un cinturon, disparamos. Un instante despues reaparecia un hombre en la superficie del agua, medio ahogado, gesticulando penosamente, y dejando descubrir una terrible agonía. Este desgraciado se hallaba algunos pasos delante de los que nos remolcaban; pero ninguno de ellos se atrevia á avanzar para prestarle auxilio. El médico disparó otro escopetazo, á la casualidad, sobre el agua, para alejar al supuesto raptor; entre tanto, se empujaba la barca con la posible velocidad hácia el lado del paciente, y le arrojamos un cable, que pudo asir, y por medio de él le trajimos á bordo. El cocodrilo le habia devorado una pierna.

Este monstruoso anfibio, engañado por el ferdah flotante del hombre, le cogió primero, segun parece, por un pie, y asíéndole luego la pierna hasta la rodilla, lo arrastró debajo del agua. Entonces, ese animal, tan cobarde como feroz, asustado por las detonaciones de la escopeta y la pistola, y por la agitacion y la gritaría de los tripulantes, soltó su presa.

La herida era horrorosa; la articulacion de la rodilla estaba triturada, y las carnes de la pierna, abiertas en una gran estension, se habian separado y dejaban ver el hueso desnudo. Los dientes del monstruo habian impreso profundas huellas. Desde el pie hasta la mitad del muslo se contaban siete ú ocho por cada lado, en cada una de las cuales cabían tres dedos, y otras estaban reunidas por una misma desgarradura.

Un solo golpe de la potencia maxilar del cocodrilo habia causado tamaño estrago.

Mientras éramos todavía remolcados por las gentes de Lony, oí gritar: «¡El hipopótamo! ¡el hipopótamo!» (*el baggare el bahar*, ó el buey de agua; tambien se llama el caballo de rio, como lo indica la etimología de su nombre). Esperé ver en el agua la enorme cabeza y el dorso del animal; pero quedé asombrado al no ver cosa alguna; únicamente ví una especie de cruz griega, formada por dos rollitos de palo, cortos, bien descortezados y unidos por el medio. Esta cruz hendía las aguas, flotando rápidamente al bajar por el rio, y á cada paso hacia arremolinarse aquellas, cual si por una fuerza invisible fuese movida. Al acercarse á nosotros, pareció animada de una velocidad extraordinaria; y al mismo tiempo un formidable ronquido, mezclado con el ruido del agua que saltaba formando chorros, resonó al lado de la barca. Entonces descubrimos un hipopótamo, que asustado por ésta, cerca de la cual se habia encontrado de improviso, dió un salto, medio saliendo del agua, en la que volvió á sumergirse con furia.

Poco despues, algunos hombres nos llamaron desde la orilla, para preguntarnos si habíamos visto al buey de agua en caza. Suministrados los datos y puestos los hombres sobre la pista del hipopótamo, me informé del modo con que esta caza se verifica.

El anfibio de que hablamos sale por lo regular durante la noche, para pacer como los demás ruminantes, y acostumbra entrar en el rio por el mismo sitio que ha seguido al salir de él. Uno ó dos de los cazadores se colocan cerca de este paso, en los parajes mas oportunos, armados de lanzas que terminan en un hierro á manera de gancho, ó sea de la forma de un anzuelo, al cual se ata una cuerda de 5 á 6 metros de longitud, provista en la otra estremidad de un cuerpo flotante de madera; otros cazadores salen luego al encuentro del animal, en el lugar donde paca. Como nunca ataca al hombre, se le intimida dando gritos, haciendo sonar un tambor, ó bien agitando en el aire teas encendidas. El hipopótamo, asustado por el estrépito ó el fuego, vuelve al rio, y entonces el cazador á cuyo alcance pasa le introduce su garfio en los costados. El animal herido lleva consigo al agua el hierro mortífero, y la rapidez con que huye contribuye á ensanchar su herida, á causa de la resistencia del cuerpo flotante. Este pedazo de madera que sobrenada permite además observar los movimientos del anfibio deajo del agua. Acontece, no obstante, en algunos casos que es muy difícil seguirlo durante la noche; para remediar en lo posible este inconveniente, los cazadores se dividen en muchos grupos, y si le pierden momentáneamente de vista, le encuentran con facilidad al venir



el día. El animal se debilita entre tanto por los esfuerzos que hace, por la sangre que pierde, y por la falta de alimento, hasta que al fin, sintiéndose estenuado, va á morir cerca de la orilla, porque no puede permanecer mucho tiempo debajo del agua sin respirar; ó bien los cazadores se acercan en barca para rematarlo á lanzadas. Algunas veces arrastra el garfio por espacio de algunos días, sobre todo si ha sido mal colocado: dos hacia que lo arrastraba el que acabábamos de ver.

Al caer la tarde del 10 de marzo amarramos entre unas orillas cubiertas de una hermosa vegetación, á bastante distancia mas arriba de Hedabatte, y por la noche oímos á los elefantes que aplacaban su sed y se solazaban en la orilla, no lejos del sitio en donde estábamos; en ciertos momentos se rociaban mutuamente por medio de su trompa. Al mismo tiempo advertimos que el aire nos traía un fuerte olor de almizcle: olor que los marinos aseguraban procedía de los cocodrilos. El médico añadió que la materia odorífera está encerrada en cuatro vejigas colocadas debajo de las axilas y en las ingles. Por lo demás, es de notar que todas las partes del cocodrilo huelen á almizcle en grado mayor ó menor. Los numerosos gritos de los animales que aquella noche oímos, nos decían con harta claridad que estábamos en un lugar rodeado de hermosos bosques y lejos de toda humana habitación.

Cuando todos se dispusieron á dormir, subí á la toldilla para disfrutar mas tranquilamente de la apacible noche que nos rodeaba. Habiendo cesado todo ruido en nuestra barca, los animales del bosque, que entonces oía de lejos cual si fuera de cerca, me parecieron mucho mas numerosos; y en mi posición, exenta de todo peligro, escuchaba sin temor la salvaje armonía de sus variados gritos.

Mientras prestaba oído á aquellos ecos lejanos y próximos, tímidos y sonoros, graves ó agudos, presentóse á mi mente la idea de la infinita variedad de la Creación.

Escuchaba los rumores, apenas perceptibles, de pequeños seres que rascaban en las tablas de la embarcación, los cuales son grandes comparados con los que nos descubre el microscopio; luego, con la vasta escala de las voces nocturnas que recorriendo todos los tonos imaginables, llegaban á mi oído, subía hasta esos corpulentos elefantes, nuestros vecinos en aquellos momentos, en comparación de los cuales el hombre es un pigmeo. Mientras pensaba en la multitud de seres que pululan en toda la estension del globo, mis ojos, fijos en el firmamento, arrastraron mis ideas á un teatro infinitamente mas vasto.

Absorto estaba en mis reflexiones, cuando un ruido poderoso y sonoro me trajo de nuevo al pequeño globo terrestre á que pertenecía, y al imperceptible

medio en que respiraba. Algunos de nuestros hombres, á quienes este ruido habia despertado llenádoles de sobresalto, se incorporaron para observar lo que en su derredor pasaba. *«Die-e-di? (¿qué es lo que hay?)»* me preguntó uno de ellos. Aunque yo habia oído perfectamente, me sentía aun mas perplejo que ellos, por lo que nada pude responderles; pero, como nada se veía, volvieron á acostarse. No obstante, recapacitando sobre el caso, me incliné á atribuir aquel poderoso ruido á los elefantes que se hallaban cerca de nosotros. Mas tarde, en la Nigricia, pude ver que mi conjetura era fundada, y que el ruido retumbador que habia llegado á nosotros, es el que dicho animal produce con su trompa. La idea de que estos animales se hallaban cerca de la barca, y que con sus largas narices móviles podían venir á oler y registrar el sitio al aire libre en que me hallaba, turbó un tanto la seguridad en que me complacía; y como por otra parte la noche habia entrado bastante, resolví retirarme á mi camarote y descansar un poco.

Aun no habia entrado en él, cuando un gran murmullo de hojas, de ramaje y de roce de piedras entre sí, se hizo sentir no lejos; detúveme á observar, y me pareció que eran los elefantes, que habiendo visto la barca, y percibido el ruido que yo hacia, en lugar de acercarse se ocultaban en el bosque. Poco despues el ruido cesó, merced á la distancia, y entré en mi albergue. Los gritos de los demás animales iban haciéndose tambien cada vez menos frecuentes.

Bosque magnífico y sus accidentes.—Un castigo turco.—Camino molesto; las estaciones.—El baobab.—Principales árboles.—Naturaleza geológica del Sennar.—Montañas primitivas y sus habitantes.—Los horrores de la esclavitud.—Dolores y recuerdos amargos.—Fa-Meka.—Fa-Zoglo.

Habíamos subido el río Azul hasta la aldea de Rosseires, en los límites del país de los negros. Aquí la vegetación forestal es verdaderamente grandiosa. El hombre, y aun el camello, no son sino insectos, comparados con los gigantes del reino vegetal, que cubren estos lugares. Cierta número de boababs monstruosos los pueblan, y sus troncos, sin ser los mas corpulentos que existen, tienen hasta veinte metros de circunferencia. Grandes especies de árboles pertenecientes á la familia de las higueras, tamarindos muy desarrollados, esterculias y algunos otros, son el noble séquito de estos colosos de la naturaleza vegetal. Otras especies sirven para poner de relieve los primeros, por sus formas delicadas, ó por la particular naturaleza de su follaje: conjunto del que resulta un efecto tan magnífico como sorprendente. Hasta 20 metros de altura, y aun mas, se elevan las bóvedas de estos admirables bosques.

Como los camellos que conducían nuestras provisiones nos habian precedido á Rosseires, nuestra caravana estuvo dispuesta en breve, y aun hicimos una marcha en la tarde del 12 de marzo para ir á dormir á Hazaza, segunda población que se encuentra al Sur de Rosseires.

La noche fue tan hermosa, que no hicimos armar nuestras tiendas; trajéronnos catres de tijera, muy en uso en el país; esta es la fecha de que hemos hablado;

tales camas son, por lo regular, lechos de Procusto; la cabeza se apoya en un travesaño, en tanto que las piernas se cruzan una sobre otra; y en verdad se necesita una larga costumbre ó un estremado cansancio para dormir en semejante posición. Hubiéramos, seguramente, preferido acostarnos en el suelo; pero los insectos, y sobre todo las hormigas blancas, hacen indispensable el uso de esas camas, á las que apenas se da estension, para que la cabeza, cayendo sobre



Habitaciones en el bosque.

la estremidad, la cabellera de los indígenas, tan esmeradamente trenzada, según la antigua usanza egipcia, pueda caer por fuera, quedando preservada por este medio de los desarreglos que en ella causaría el roce de otros cuerpos.

Al día siguiente, 13 de marzo, empezamos á distinguir con alguna claridad las cumbres lejanas de la Nigricia al Sur, y del Kuara al Este. Seguimos nuestro camino al través de un vasto é interminable bosque, en que no se encuentran sino algunos claros, casi siempre accidentales, alrededor de las poblaciones; no obstante, la mayor parte de las clases son

raquílicas y espinosas. Todo este país forma una inmensa llanura, ligeramente ondulada, en la que no se divisa límite alguno, á no ser las cumbres de que se acaba de hablar. En nuestro camino y no lejos del río, encontramos algunos montecillos, debidos al parecer á la acumulación de la tierra, de los *detritus* y de la arena arrastrados por los vientos y detenidos por una vegetación accidentalmente mas espesa. Las plantas han invadido estos montecillos, cuyas partes constitutivas presentan un principio de agregación, según pude observar en sus cortes. Un efecto análogo habia observado mas arriba de Abu-Hamed, á la sa-